EL PRIMER FIES: PATXI ZAMORO.

EL PRIMER LUCHADOR CONTRA EL RÉGIMEN DE EXTERMINIO FIES: PATXI ZAMORO

Dibujo de Patxi Zamoro

Juanma Rodríguez, CESPP-Sanlucar de Barrameda, 2009-05-14

La reciente sentencia de la sección 5ª de la sala contencioso-administrativo del tribunal supremo ha declarada nula de pleno derecho toda la normativa FIES, desde su origen. No es el final de una guerra contra la deshumanización y la tortura en las cárceles del estado. Es la victoria en una batalla. La guerra debe continuar contra todos los aislamientos carcelarios y prolongados.

En un día feliz, como hoy, Patxi Zamoro, nacido en Extremadura y vasco de corazón, está hoy mas presente si cabe, su dignidad en la lucha en pro de los derechos humanos de las personas presas es un ejemplo siempre presente para los que le conocimos, luchamos codo a codo, y nos regaló su compañerismo militante y su amistad. nadie mejor que él para que todas entendamos lo que son y para lo que sirven los FIES, en este espacio, hoy mas que nunca se hace necesario tener presente su legado, que recojo en este escrito expresado por él mismo.

Fue encarcelado antes de cumplir los 20 años de edad, conquistó su libertad 18 años después, con decenas de cicatrices en el cuerpo y pero con el alma limpia, secuelas provocadas por cientos de palizas, torturas, confinamientos crueles en soledad, autolesiones de impotencia y rebeldía, celdas de castigo: conquistó la libertad, con la solidaridad inteligente de la Coordinadora contra la Marginación de Cornellá, de Salhaketa y otros colectivos sociales de base. Salió con el firme compromiso de luchar y denunciar el régimen FIES y rescatar a los prisioneros que seguían en estos ataúdes de hormigón. Para que nunca nadie más tuviera que sufrir esa indignidad, esa deshumanización, de torcer el brazo represor y asesino del Estado, sensibilizando y denunciando públicamente para la abolición del régimen FIES.

Ese día ha llegado, con la Sentencia del Tribunal Supremo. Pero no el fin del aislamiento penitenciario como formula de exterminio de personas presas, que tiene diferentes regulaciones y un sólo rostro: la destrucción de la persona humana. Ángel Manuel Zamoro Durán, Patxi Zamoro, murió en Pamplona, de una “hepatitis” desconocida que nunca le fue diagnosticada, hasta que no tuvo remedio. Sus cenizas se mecen con los aires de las montañas y valles de su amada Euskal Herria. Como todos los héroes auténticos, murió joven y amando y luchando.

PALABRAS ESCRITAS DE PATXI: ”Dicen que nadie, tras traspasar el umbral de la muerte, ha regresado para hablar de ella. Es mentira, pues yo mismo he regresado para, todavía envuelto en su fétido olor, hablaros de la peor de todas las muertes: la que se sufre en vida.

No me digáis que una vez muerto no se siente, que no se experimenta dolor. Yo la he sentido y he gritado de dolor. He vivido allí: unas veces en ataúdes rústicos y rudimentarios, cárceles con siglos de tétrica historia, muros que eran mudos testigos del sufrimiento y las confidencias de mujeres y hombres. Otras, en modernos, sofisticados y herméticos ataúdes de puertas y cancelas mecanizadas, donde la sombra aterradora del verdugo se desliza con guadañas en forma de porras y sprays. La cárcel no tiene como fin mejorar y recuperar a las personas para la sociedad libre. Su objetivo es castigarlas, hacerles daño. Pero a las personas no se las mejora dañándolas.

Nadie que conozca el sistema penitenciario, puede creer que la cárcel rehabilita; en el “mejor” de los casos, convierte a los presos en actores que interpretan un papel en ese inmenso escenario de dementes, fingiendo (o sintiendo) serlo con el fin de acortar la estancia entre muros. En el peor de los casos, en asesinos sin escrúpulos que ni siquiera se respetan a sí mismos. En cualquiera de ambos casos, destruye lo mejor

que de seres humanos tienen. La cárcel, sin embargo, da a ambos lados del muro. La sociedad, los que vivís a ese otro lado, también sois presos, presos de lo que yo llamo el Cuarto Grado de Tratamiento. En él contáis con mayor espacio de movimiento y prerrogativas que el sistema os concede por vuestro buen comportamiento. La cárcel, a este lado, no sólo es un revólver con el que os apuntan a vuestra sien (y con el que os chantajean), sino una celda de castigo en la que se os confinará cuando dejéis de ser “buenos”.

No es casualidad que la cárcel aleje al preso de su entorno natural. Te apartan de las experiencias necesarias para crecer como persona y, una vez aquí, descubres que existen más cárceles dentro de la cárcel; son los grados, las fases dentro de éstos, los regímenes especiales, los aislamientos. Términos todos que definen una realidad inamovible: la falta de libertad.

Todos sabemos que la muerte se produce cuando dejamos de experimentar. Cuando te apartan de la sociedad, te están privando de las experiencias con tu familia y amigos; te apartan de María, de Juan, del bar de la esquina, de la mesilla con un libro, de la ducha con su cortina transparente, del gato que maúlla a la luz de las farolas, del repartidor de periódicos siempre madrugador, del autobús que se retrasa, de la montaña nevada, del mar enrabietado, de los ancianos que aún se agarran las manos. Te apartan de la vida.

El aislamiento, la soledad impuesta, hace mella incluso en las piedras; debilita la voluntad más férrea, reduce todo tu mundo a un recorrido por el pasado a través de tu mente y, de tanto revivirlo, termina por desgastarse. Al no percibir experiencias, te conviertes en un pozo con agua estancada, corrompida por no recibir agua nueva. Las únicas experiencias que se tienen son extremas, violentas. Para sobrevivir a ellas has de asesinar muchas de las cosas valiosas que hay dentro de ti mismo.

Esta mutilación termina por embrutecer al preso, o por enloquecerlo. De ahí que quienes sufrimos largos periodos de tiempo en aislamiento lleguemos a cometer acciones que, vistas desde otro contexto, se perciben como criminales. Y que no se pueden entender ni justificar. Si se me hubiese preguntado, 18 años atrás, si sería capaz de causarme daño a mí mismo, de autolesionarme, hubiese contestado sonriente: “¿Estás loco? ¡Jamás!”. Hoy, tras 18 años de prisión, puedo decir que me he cortado las venas de los brazos, y que he ingerido objetos extraños, cucharas de hierro, cuchillas de afeitar, pilas. Que me he clavado cuchillos en el abdomen, que he golpeado mi cabeza contra las paredes. Que he padecido huelgas de hambre y sed.

Lo mismo hubiese contestado si la pregunta hubiese sido si sería capaz de hacer daño premeditadamente, y a sangre fría, a otra persona: “No, no sería capaz”. Sin embargo, transcurrido todo este tiempo de cárcel, me he embrutecido lo suficiente como para, por ejemplo, concebir la idea de apuñalar a otra persona sin tener remordimientos. ¿Qué es lo que me ha transformado?

Sin duda, lo que me ha transformado ha sido la cárcel, o la necesidad de sobrevivir a ella. Os podréis preguntar cómo se sobrevive causándose daño a uno mismo, incluso con el riesgo de perder la vida. Es la desesperación, os diría, la desesperación del que entiende que el suplicio es la única salida, el último grito de protesta que el sistema nos deja.

Los jueces, los psicólogos, y, en general, las autoridades penitenciarias afirman que cuando alguien se hace daño a sí mismo, lo hace desde su propia libertad. Pero obvian reconocer que nadie en su sano juicio lo haría. Si lo reconocieran, sin embargo, tendrían que aceptar que, o bien efectivamente esa persona ha perdido la razón (y debería estar recibiendo tratamiento adecuado fuera de estas jaulas), o realmente existen motivos para que alguien recurra a herirse una y otra vez. La cárcel, al fin, destruye al preso, o lo transforma. Espero mostraros, a lo largo de este libro, cómo se produce ese embrutecimiento, y cómo a través de él, yo y otros compañeros, sobrevivimos a la cárcel.””

“A los presos asociados a motines, fugas, etc., se nos envió a determinadas cárceles en las que se habían construido departamentos especiales, los departamentos FIES. Allí las puertas eran automáticas, en los corredores las puertas se abrían electrónicamente, sin absolutamente ningún contacto con los carceleros salvo cuando iban a entrar a cachearte o a agredirte. Se referían a nosotros como presos "peligrosos", pero en realidad lo que teníamos en común era nuestro carácter reivindicativo.

El objetivo del Régimen FIES era ser una herramienta para neutralizar, tratar psicológicamente y destruir a personas que molestasen, bien por razones políticas o por su carácter reivindicativo en la cárcel. Las celdas no tenían ni muebles ni espejos, sólo paredes desnudas o argollas debajo de las camas. Te quitaban la ropa y te daban un mono, intervenían la correspondencia sistemáticamente y los cambios de celda eran continuos, es decir, hoy vas a estar en la 16 y probablemente, si mañana no te llevan a otra, con toda seguridad pasado mañana te van a cambiar. Lo mismo con el cambio de cárcel. Te tienen un mes, dos meses, tres, cuatro, cinco, seis, y te llevarán a otra prisión. Ellos dicen que esto es por razones de seguridad y yo digo que es mentira, y no hay nadie que me lo pueda cuestionar. Dicen que no tienes un espejo por medidas de seguridad, pero el simple plástico transparente de las ventanas o las pantallas de las televisiones que conceden como prerrogativa a aquel que no tiene partes es igual de cortante.

Dicen que lo hacen para que uno no se autolesione o no agreda a un carcelero o a otro preso. Lo de agredir a otro preso es absurdo, porque estás las 24 horas del día en aislamiento. Y lo de agredir a un carcelero es imposible, porque la celda tiene una puerta automática que sólo se abre cuando ellos van a entrar, y cuando entran lo hacen 10 ó 12 protegidos con porras y escudos.

Lo que subyace detrás de eso es la despersonalización pura y dura. Podéis imaginaros lo que es un año o dos años de vuestra vida sin veros la cara? O que el recuerdo que tengáis de vuestro rostro sea el que veis a través del reflejo matizado de un cristal de una ventana? Lo que eso produce en la personalidad... Es algo brutal. Cuando hice noche en la prisión de Torrero porque iba a juicio por el motín de Daroca tuve ocasión de verme la cara en un espejo. Llevaba dos años sin verla. Encontré arrugas que no conocía. Alucinaba con cualquier parte de mi cara. Me habían hecho perder un poco mi identidad. Eso añadido al hecho de que, por medidas de seguridad, te quiten el anillo, una cadena. El reglamento dice que no se pueden tener objetos de valor porque te los puede quitar un preso o puedes trapichear con ellos, pero un preso FIES no tiene esas oportunidades. No puede vender a nadie porque no está con nadie, a menos que sea el carcelero, ni tampoco puede quitárselas a nadie, porque no está con nadie. Se trata de desarraigarte de tu memoria emocional. Si tienes la correspondencia intervenida, te quitan las cuatro fotos que tienes, en las que estás con tu compañera, con tu madre o con tu hija, te quitan el anillo que simboliza tus momentos de unión y te quitan la cadena que es la que te dio tu hermano, lo que te están quitando es tu memoria emocional. Si encima se llevan tu ropa y te dan un buzo como única prenda, es la esencia de la despersonalización.

Pero a todo eso hay que añadir un montón de agresiones continuas. Desde el tratarte con una prepotencia fuera de lo normal, con chulería, hasta lo de las palizas. En prisión se producen las palizas por dos razones: por el desarrollo del papel del carcelero, que es embrutecedor, y también (y cuando hablo de palizas continuas y sistemáticas me refiero en concreto a los departamentos FIES), por la función ya dicha del régimen FIES de destruir. Hay un hecho que pone en evidencia que las palizas son sistemáticas: si leemos cualquier carta, absolutamente cualquier carta de un preso, que no se conocen entre ellos de nada, pero que están viviendo una misma situación, todas dicen lo mismo, palizas, palizas. Todas. Y todas además dicen lo de los espejos, y no son gente organizada, porque precisamente están haciendo con ellos lo que están haciendo porque no están organizados. Pero además hay una prueba para mí evidente, es mi propia experiencia. Yo tengo cinco operaciones de estómago, me he dado puñaladas para reivindicar el cese de torturas, de apaleamientos, tengo mis antebrazos cortados, tengo la cabeza abierta de habérmela golpeado contra la pared, he padecido innumerables huelgas de hambre y de sed, me han dado palizas salvajes, se han pegado entre ellos por pegarme. Sé que unas veces obedece a tensiones que se producen fortuitamente, pero otras veces obedece a un plan establecido desde arriba.

Evidentemente no cargo las tintas en que los carceleros sean muy malos, sino en el hecho de que desempeñan un rol que les embrutece. En Estados Unidos se realizó un experimento con estudiantes de psicología en el que se simuló una especie de módulo tipo prisión. Unos estudiantes realizaron el rol de presos y otros el de carceleros. El objetivo era descubrir pautas de comportamiento, roles, liderazgos, etc. A los tres días tuvieron que pararlo. Quien desempeñaba el rol de preso se habla vuelto huidizo, temeroso, insolidario, y quien habla desarrollado el rol de carcelero se había vuelto perseguidor, torturador, sádico... Pero, en verdad, pues si, el que continúa en la cárcel tiene que ser muy malo. Cuando han pasado 4 ó 6 meses en prisión nadie es inocente, nadie desconoce.

LOS MÉDICOS TAMBIÉN SON CARCELEROS. También los médicos, salvo contadas excepciones, realizan una función de tuerca, de engranaje o de connivencia. Los médicos pertenecen al cuerpo de carceleros, son carceleros sólo que ejercen de médicos, pero tienen la misma animadversión hacia el preso. En las huelgas de hambre, en las huelgas de sed, tras cualquier apaleamiento, salvo muy rarísimas excepciones, siempre hay un dictamen favorable al Centro. Aparte, en el día a día, sus compañeros carceleros de uniforme, cuando toman el café o se están cambiando de ropa le están comentando: el cabrón de fulanito y el menganito que me ha hecho esto. Viven eso igual, están en el mismo proceso de embrutecimiento y te lo hacen sentir de una manera descarada, desde no hacer informes cuando han visto que estás claramente apaleado, desde las huelgas de hambre llevarlas con una frialdad increíble o cuando les dices que últimamente se te está cayendo mucho el pelo y te responden: "sí, a mí también se me cae el pelo". Si tuviera que hacer un dibujo y describiros qué es la cárcel pondría a dos carceleros con una porra pegándote y a un médico detrás esperando a que acaben para decirte que no tienes nada.

JUZGADOS DE VIGILANCIA PENITENCIARIA: Cuando se crearon los Juzgados de Vigilancia Penitenciaria en 1979 hubo grandes esperanzas entre los presos. Alguien iba a velar por nuestros derechos, nos iba a proteger de las agresiones de la Administración. Pronto se vio el error. Los Juzgados de Vigilancia obedecieron a ese punto de maquillaje que se hace en prisiones en un momento en que era necesario, por política, maquillar la prisión. Se trataba de pintar las prisiones, de cambiar del sistema de galerías al sistema modular, de cambiar los uniformes que nos recordaban al nazismo, aquellos uniformes verdes, por uniformes azules, se trataba de cambiar el léxico que se utiliza en las prisiones, y que ya lo utilizamos absolutamente todos: cárcel por centro penitenciario, carcelero por funcionario, preso por recluso. Pero la traición fue doble: los Juzgados de Vigilancia Penitenciaria no sólo nos dejaban igual de indefensos que antes, sino que encima hacían ver a la sociedad que los presos tenían defensa, cuando su labor era de complicidad con la Administración Penitenciaria. Cuántas veces se recurre contra decisiones de la Administración y el Juzgado de Vigilancia Penitenciaria devuelve el recurso recopilando

íntegramente lo que acaba de decir ésta. Si los doctores daban una cobertura médica a la cárcel, los Juzgados de Vigilancia Penitenciaria le daban la cobertura legal.

Un sistema represivo no se corta ni un pelo en conculcar absolutamente sus propias normas en aras de la seguridad y por lo tanto, todo lo que crea a su alrededor, aunque tenga apariencia de defensa, lo único que hace es cumplir esa función. Y si tuviesen que llegar más abajo de lo que es el Régimen FIES, que no me imagino cuál puede ser, porque ya van seis vidas humanas que se han perdido, unas por suicidio, otras por inducción, en cualquier caso son asesinatos claros del Estado. Es la máxima expresión de la tortura que es la cárcel.

Actualmente los presos FIES calculamos que son unos 100, eso sin contar a los presos políticos, porque los presos políticos sólo por ser presos políticos ya son FIES, y aunque no estén en Departamentos FIES, aquellos que estén en primer grado si que viven la misma situación que un preso FIES, con la diferencia de que viven en módulos, con más gente, pero si que tienen la correspondencia intervenida, si que hay el mismo tipo de puteo, la misma represión. Si aglutinamos el colectivo político con el social hablamos de unas 700 personas.

Nuevos nombres para la misma tortura: Yo tuve ocasión, a través de un carcelero con sentimiento de culpabilidad, de acceder a un documento que hicieron correr por todas las prisiones en el que hablaban del por qué del FIES, la función que había cumplido y la necesidad que había ahora de cambiar un poco. Ese cambiar suponía ampliar el tiempo de patio, salir de dos en dos, de cuatro en cuatro, que tuvieran acceso a un taller, y tal y cual. Una serie de cosas. Pero siempre en ese gueto, en ese mundo, con especiales medidas de seguridad. Evidentemente con el FIES no pueden ya hacerlo, porque ahora hablar de un nuevo programa dentro del FIES suena a tortura, sigue sonando a pasadas, sigue sonando a juicio de Sevilla. Entonces qué hacen? Cambian el nombre poniendo otras siglas que ya están en algún cajón, que son PRIC, Programa de Recuperación de Internos Conflictivos. No se cuánto va a dar de si todavía el Régimen FIES, pero para nosotros siempre va a estar ahí el Régimen FIES, le llamen como le llamen. Y esa es la estrategia que creemos que debemos llevar a cabo. Si algún día desgastan el FIES y empiezan con el PRIC, continuaremos diciendo "el PRIC es FIES, sólo que con otro nombre". Pero sin duda alguna dentro de 4, 5 ó 6 años aparecerán las siglas PRIC y lo único que veremos serán transcurrir otros 7, 8, 9, 10, 12 años de luchas, de denuncias, hasta que agotemos el PRIC y entonces sacarán el PRAC. Es una lucha larga que hay que hacer para arrebatar a un gobierno, a un Estado, una herramienta que le permite neutralizar. y exterminar a las personas que le molestan políticamente, o tienen un carácter reivindicativo y cuestionen la institución, o poseen connotaciones de liderazgo o, sencillamente, no sucumben a las presiones de la Administración."" **Patxi Zamoro (1960-2001) (la mayoría de lo reproducido aquí, está publicado en su libro póstumo "A ambos lado del muro" edit. Txalaparta)**

Hablé con Patxi la penúltima vez poco antes de su fallecimiento. Estaba muy inquieto, me dijo que lo querían matar, me contó que "había tomado medidas de auto-protección" que no voy a especificar, él estaba seguro.

Le dije que se quedara en Vallekas (estábamos en la Parrokia de Entrevías) con Arantxa, el no quiso, estaba muy comprometido en ese momento con "las coordinaciones" para sumar personas y colectivos sociales, sindicales, políticos a la lucha contra el FIES y el control del poder sobre todos nosotros a este lado del muro.

La siguiente y última vez fue cuando ya estaba muy enfermo, sabía que se moría. Quise que hablara en "Apulso" (programa de canal sur radio en el que "trabajaba" yo en esas fechas)--y se quedó esperando al teléfono: "el director del programa, después de comprometerse, dijo que tenia muchos contenidos para ese día."

Al poco me enteré de la noticia, no lo creí y sigo sin creerlo. Patxi, si le mataron no fue como el esperaba, se preparó para defenderse de frente… no para una infección de un virus desconocido de la hepatitis… ojala y un día sepamos la verdad de su fallecimiento, pero no murió, ni morirá jamás: si existe un Paraíso, Patxi estará en el pabellón de la Dignidad, la Fe y La lucha en favor de los más débiles, de los mas maltratados, en el lugar en el que sólo entran los que se enfrentan a los poderes que destruyen a las personas.

Pero exista o no, de cualquier forma está presente en el día a día de los que compartimos su misma lucha.

Juanma Rodríguez, Sanlucar de Barrameda, 13 de mayo de 2009

Entrevista a la viuda del que fue primer preso FIES del estado español

Laura Serrano - Domingo.27 de noviembre de 2005 - 4 comentario(s) PUBLICADO POR TORTUGA

http://www.nodo50.org/tortuga/Entrevista-a-la-viuda-del-que-fue

Arantza • Viuda de Ángel Zamoro Durán, 'Patxi' Zamoro (preso FIES)

Por los ojos despiertos de Arantza brota un amor inmenso cuando, con esa serenidad que suele dar el paso del tiempo, habla de la increíble historia de su marido, Patxi Zamoro, el primer preso al que se le aplicó el brutal régimen FIES (Fichero de Internos de Especial Seguimiento), y su incesante lucha por denunciar la deshumanización en las prisiones donde pasó 18 años de su intensa vida y ese engaño de que «la cárcel resocializa». **«Si se pensara, habría solución para el 100% de los presos»**

Conocí a Patxi por casualidad, en unas jornadas de Salhaketa en Vitoria sobre 'Cárcel y Derechos Humanos' en 2001, el mismo año en que murió sin perder esa dignidad con la que sólo una persona vive y muere si se siente realmente libre. Lo recuerdo inteligente, con un gran carácter, como una de las personas con las que se aprende a llevar la cabeza bien alta en la admirable lucha solidaria por el prójimo en medio de tanta violencia como la que se sufre privado de libertad.

El pasado jueves, tuve el privilegio de estar en Logroño con Arantza, la encantadora mujer que le infundió optimismo, ilusión y amor suficientes como para resistir dignamente 18 años de encierro, palizas, motines y embrutecimiento en la cárcel de la cárcel, de prisión en prisión, y sus últimos casi cinco años de vida, ya en la calle. Vino a presentar el libro de Patxi, 'A ambos lados del muro' (editorial Txalaparta), a contar su experiencia, para que no se olvide que ese horror contra el que luchó hasta el final todavía existe dentro de las prisiones de este país, en pleno siglo XXI.

¿Qué hay a ambos lados del muro de una cárcel? Se puede ver desde dos puntos de vista. Por un lado, la idea que él tenía de que ésta da a los dos lados: dentro están el primer grado, más cerrado y estricto, el segundo y el tercero; y la calle sería el cuarto grado. Si transgredes las normas en la calle, pasas a la cárcel, y si transgredes las de la cárcel, vas retrocediendo de grado, cada vez más adentro. La otra visión, desde un punto de vista más humano, es que la cárcel da a ambos lados del muro porque la persona presa es la que está dentro, pero no está sola, con ella están sus amigos, su familia, la gente que le acompaña... la cárcel se sufre tanto dentro como fuera.

Quien está afuera y tiene a un ser querido dentro, ¿no se siente también preso de algún modo? Sí, sí, por supuesto. También desde fuera se sufre la impotencia, la frustración, el no poder estar con la persona que quieres, verla o simplemente no poder llamarla y preguntarle cómo está... y todo eso sumado a las distancias. Como Patxi estaba en un régimen especial, el FIES, estaba siempre dispersado. Venga, 700 kilómetros para un lado, 500 para otro... si quieres mantener el contacto tienes que hacer ese montón de kilómetros. De alguna manera, a la persona presa le da igual estar aquí que en Madrid, pero la de afuera es la que tiene que hacer todo ese desgaste de energía, económico...

¿Cómo era Patxi Zamoro? Muy vital y reivindicativo, con mucha energía y mucho carácter, pero sobre todo con mucho sentido de la dignidad y la justicia. Es cierto que en prisión todos los sentimientos y valores se magnifican: la amistad, el odio, el amor... y creo que Patxi, en sí mismo, ya los tenía, porque lo había mamado en su casa. Era de familia obrera, vinculada a la lucha sindical.

¿Y siguió esa estela? Formaba parte de sí mismo; eso lo aplicó en la calle, y por eso, de alguna manera, entró en prisión, y allí también siguió con la reivindicación de la lucha por mantener sus derechos y que nadie le pisara, lo que le llevó a tener aún más castigo. Sú ultima etapa, ya fuera de la cárcel, vivió con dignidad, pero también murió muy dignamente. Militó en Salhaketa, la asociación de apoyo a presos y familiares, y en 'Euskal Presoak, Euskal Herrira', la plataforma del barrio de apoyo al acercamiento de los presos a sus lugares de origen. No quiso estar

enchufado a una máquina en un hospital, prefería morir tranquilo, rodeado de su gente, no estar encerrado, que ya había estado así muchos años.

¿Cómo era el contexto en el que decide continuar esa lucha que le lleva a la cárcel? Era muy joven, parado con una nena de dos años, vivía en un barrio del extrarradio de Barcelona en una época en la que encontrar un trabajo no precario era difícil, y el enfrentamiento en las empresas con las que trabajaba también hacía que le despidieran de los sitios; necesitaba buscar una salida para mantener a su familia. Decía: «Si compartimos las miserias, compartamos también las riquezas», y secuestró a un industrial, y entró en prisión, pero por esa circunstancia de querer mantener su propia dignidad.

¿Qué le hace luchar dentro? Vio enseguida que la conculcación de derechos era diaria, y que no le iba a pisar nadie, lo que le fue llevando cada vez a mayor ruina. Dentro fue madurando y se forjó aún más su carácter.

Hábleme del régimen FIES, desconocido e incluso de dudosa existencia para alguna gente. Se empezó a forjar en los 80, a pesar de que no fue legalizado hasta el 91 por los socialistas, precisamente por aquéllos que una vez fueron presos. Patxi fue uno de los primeros a los que se les aplicó aún ilegalizado. Estaba 23 horas en una celda y una en un patio sin nadie más, pero como tenía un montón de sanciones, le castigaban esa hora sin salir. Vestía un mono, y le dejaban un lápiz, una hoja y el libro que estuviera leyendo. No podía tener nada más dentro de la celda. Ah, y el mobiliario estaba fijo en el suelo, con una cama con argollas para manos y pies. FIES como tal es un fichero donde se recoge todo. Si quería algo, debía solicitarlo con una instancia, y pasar por muchas trabas. Había control absoluto sobre las comunicaciones, las cartas, las visitas de 10 minutos, el médico... en todos los aspectos.

¿No lo denunció nadie? Sí, las asociaciones que trabajaban con el tema de prisiones e Izquierda Unida llevaron al Congreso una denuncia. Todos se llevaron las manos a la cabeza de las condiciones en la s que se tenía a la gente y entonces fue cuando lo legalizaron. Le pusieron las siglas FIES, empezó a recogerse en el régimen penitenciario y a partir de ahí se institucionalizó la tortura. Y hasta hoy.

¿Qué es lo que más afecta? Cuando eso se convierte en un régimen de vida. Así, construyen una serie de cárceles con una serie de módulos de régimen especial para poder desarrollar el FIES, y con mucha más saña, emplearse en todas estas artimañas. Y se ven situaciones tan absurdas como en Valladolid, por ejemplo, donde llegó a haber más FIES_que horas al día, y construyeron jaulas en el patio para que pudieran salir cada hora varios a la vez sin tener contacto entre ellos.

Las reformas penales son cada vez más represivas, hay hacinamiento, suicidios, enfermedades físicas y mentales, pobreza, se proyectan macrocárceles y el dinero se destina a seguridad antes que a tratamiento. ¿La recuperación del preso es utopía? Un abogado de Salhaketa decía que la cárcel era un invento más o menos reciente, pero el que menos ha evolucionado, y cuando lo ha hecho ha sido más en regresión que otra cosa. Es el absurdo; si se pensara detenidamente en cada caso de las personas que están presas, habría soluciones para prácticamente el 100%. Se gasta muchísimo en mantener la institución de la cárcel y un preso sale por unos cinco millones al año. ¿No se podrían hacer mil cosas con ese dinero, con un poco de imaginación, pensando más en su integración? Es como si se estropea un coche y, en lugar de llevarlo al taller, lo metemos en un garaje, esperando a que tras varios años, vayamos a por él y funcione incluso mejor.

¿Dejó de sentirse libre Patxi? Sí, pero nunca fue en la cárcel. Cuando empezó a estar enfermo por una afección hepática se sentía preso de su propio cuerpo, y eso es muy duro de asimilar. Creo que con seguridad sufrió más que todos los años de prisión.